

¿Nacionalización sin nacionalismo?

“Como hombre realista que soy, nuestro país, aun asociado al Medio Oriente, no está en condiciones de destruir a ese gigante mundial que son las ocho o diez empresas que dominan el mercado internacional del petróleo. No tenemos el capital, ni la técnica, ni los medios de transporte, ni los mercados de consumo. Así pues lo práctico es seguir negociando concesiones”. Así se expresaba en 1963 un banquero de la localidad muy conocido y respetado por su franqueza y obsecuencia. Y proseguía: “El error nuestro consiste en que lo que nos ha regalado la naturaleza lo hemos despilfarrado y malbaratado en vez de haberlo invertido juiciosamente en crear otras fuentes de negocios con ese capital. Y si esto se hubiera hecho, seríamos hoy el país más próspero de América Latina”.

Creemos que este diagnóstico de la actitud del país frente al negocio y las ganancias petroleras es compartido hoy, día de la nacionalización, por no pocos venezolanos: No estamos preparados. Las Compañías nos van a caribeear. Lo que debiéramos hacer más bien es invertir juiciosamente los dólares petroleros. Si no somos capaces de administrar las ganancias ¿cómo seremos capaces de manejar la empresa? .

Y si hoy no sacamos la misma conclusión de “seguir negociando concesiones” es más bien porque ya no es tiempo de eso; hoy en día nacionaliza hasta Kuwait. Acaba de expresarlo el presidente: “La nacionalización del petróleo en Venezuela es una consecuencia del mundo en que vivimos”.

Eso no quiere decir que la nacionalización petrolera no sea una hora histórica. Quiere decir que el país no la vive con júbilo precisamente. En parte la vive con inconsciencia, en parte con sensación de orfandad, para algunos como reto. Y además el ondear de nuestra bandera casi se ve ahogado por la marejada sin precedentes del guisqui navideño. Esta es nuestra nacionalización chucuta. La historia citando al toro que es Venezuela y el toro, cebado, distraído. No son días para fanfarrias.

NACIONALIZACION PETROLERA: LA PALANCA NECESARIA.

Y sin embargo la nacionalización petrolera es decisiva para el país. El historiador inglés Thomas, que nos visitó el mes pasado, declaraba que la nacionalización del petróleo no significa un cambio en las estructuras sociales del país. Es sana esta advertencia para que no veamos la nacionalización como un acto de magia que automáticamente nos da la libertad y la sustancia nacional. Pero hay que decir también que sólo la nacionalización petrolera es palanca suficientemente poderosa como para mover a la nación a nacionalizarse.

Porque en Venezuela lo que ha habido hasta ahora son disputas de los diversos grupos para copar en provecho propio las arcas del Estado y para consolidar desde el poder los privilegios. No ha habido lucha por crearnos como nación. Diseñar un hombre, un país y realizarlo. Ese es un lujo que nuestra Venezuela agónica no se ha podido dar. Lo más que ha habido por parte de nuestros gobernantes es cubrir las necesidades más clamorosas. Pero la nacionalización, es decir el autoproducirnos como nación, es algo que aún no ha entrado en las perspectivas venezolanas. Nacionalización sin nacionalismo, un título que lo define todo. (El Nacional, 18-12-75).

Porque no puede haber una nacionalización sectorial. Sólo será posible la nacionalización del petróleo si hay una voluntad decidida de nacionalizar toda nuestra vida, es decir de autoproducirnos como nación asumiendo no una responsabilidad subalterna sino una responsabilidad integral.

Si dependemos del imperio en nuestro ideal de vida, en nuestro consumo de alimentos y suntuario, en la tecnología y la técnica, en el concepto estratégico de defensa será imposible independizarnos en el petróleo. Pero sólo la nacionalización real del petróleo podría darnos consistencia para el resto. ¿Un círculo vicioso? .

DE COMO EL PETROLEO NOS HIZO COLONIA.

Si es una necesidad histórica la nacionalización es porque vivimos en una situación colonial. Ya en el año 31, desde su retiro de Zea, vislumbraba Alberto Adriani las diversas fases de la conquista y desmantelamiento de nuestro país. Nos veía “amenazados por un imperialismo más sutil, más discreto y menos áspero que en el pasado. Es muy posible —decía— que en las conquistas del futuro no ocurra nunca un desembarco de soldados. Ciudadanos de un país poderoso, ‘guerrilleros’ por propia cuenta o al servicio de grandes empresas, protegidos diplomáticamente, armados de poderosos medios financieros y experiencia técnica, llegarán a otro país de ciudadanos menos garantizados y pobres de capital y de técnica, e irán ganando poco a poco el control de su crédito, de sus fuentes de energía, de sus tierras y de sus minas más ricas, en una palabra, de sus empresas más productivas, hasta dejar conquistados, en una batalla sin sangre y sin escándalo, todos los puntos estratégicos de su organismo económico. Entonces la conquista será completa y para mantenerla sólo serán necesarias algunas presiones discretas y oportunas”.

El efecto de este imperialismo económico es el acabar con toda actividad productiva nacional. Así lo reconocía ya la Memoria del Ministerio de Fomento de 1938: “En todos los países donde la explotación minera ha cobrado extraordinarias proporciones, tiende a desarrollar su fuerza centralizadora y absorbente, con perjuicio de los demás órganos de la economía nacional. La agricultura y la industria tienden a ser las más especialmente afectadas por ese desequilibrio y sus efectos se traducen por un déficit creciente en la balanza de comercio. Eso es lo que ha venido ocurriendo en nuestro mercado, a medida que la explotación de petróleo ha ido en aumento”. También por los años 30 Pérez Dupuy veía ligado el auge del petróleo a la decadencia de las fuentes naturales de riqueza del país: “Es patente que a la agricultura y a la ganadería, esas dos fuentes de la riqueza venezolana, la minería y particularmente la industria petrolera le arrebatan el factor esencial de su desarrollo: los brazos, por el mayor salario que pueden pagar. Es este, pues, el primer factor y el principal elemento de la forzada e inevitable decadencia en que yacen la agricultura y la ganadería en Venezuela”.

Este estado de carraplana nacional es el que recoge en 1941 el informe Fox, que cita confirmándolo Rómulo Betancourt: “La situación es única en su género visto que Venezue-

la tiene probablemente los más altos ingresos gubernamentales 'per capita' en el mundo, sin deuda externa y casi ninguna deuda interna. Sus nacionales, sin embargo, son pobres y los efectos de la pobreza se manifiestan en todas partes". Engordan las petroleras y engorda el Estado, y mientras, se desintegra económicamente la nación. Como se ve, el nuestro no es un Estado nacional sino petrolero. Por eso insistía Rómulo: "Hemos rechazado sistemáticamente la confusión hecha en Venezuela, desde los días del gomecismo, entre prosperidad fiscal y prosperidad nacional".

Porque la prosperidad fiscal se destinaba por una parte a atender a la clientela gubernamental y por otra a completar el circuito económico: los dólares petroleros volvían al país del dólar pasando por las manos de nuestra burguesía mercantil. "Menos establecimientos de comercio y más fundos y factorías debe ser nuestra consigna". Pero esta consigna del Min. de Fomento (1938) nunca pasó de consigna y no podía pasar. Para contrarrestar esa agresión económica, que tan a lo vivo nos pinta Adriani, hubiera sido necesario un Estado nacionalista basado en una movilización popular y una burguesía nacional igualmente agresiva y creadora. Ni uno ni otra fueron posibles, precisamente por el petróleo. No sólo por la imposibilidad de absorber creadoramente un chorro tal de dinero extranjero que en el extranjero había que gastar, sino también y más simplemente por la incontenible presión política de las Compañías.

Ya en los años treinta quedan establecidas, pues, las coordenadas esenciales de nuestra situación: El enclave petrolero es el motor de nuestra destrucción. De él depende el Estado: la necesidad de dólares petroleros le lleva fatalmente a instrumentar la política de las Compañías. La expansión de la industria petrolera deja vacío el campo, y al racionalizar los métodos de extracción deja cesantes a grandes masas desarraigadas y provoca en el país la política de altos salarios sin el correspondiente aumento —salvo el caso del petróleo— de la productividad. Se derrumba la agricultura de exportación y aun la de consumo. El tratado comercial con USA, elaborado como contrapartida de Venezuela al "favor" de USA al petróleo venezolano, acaba con la incipiente producción industrial del país. La burguesía se dedica al jugoso e improductivo negocio de las concesiones comerciales y la especulación de terrenos urbanos. Nuestra moneda se liga al dólar, nuestro ejército al Pentágono. Y nuestros medios de comunicación nacen como apéndices del vasto, insulso y encubridor pulpo de USA.

No es necesario insistir en que la etapa de sustitución de importaciones no ha sido entre nosotros sino una fase más avanzada de consolidación del sistema neocolonial. Las transnacionales de USA mantuvieron la iniciativa, y nuestro Estado colaboró con subsidios, exoneración de impuestos a los insumos y protección arancelaria. En general nada de esto se tradujo en aumento de productividad. No poseemos un circuito productivo integrado y autosostenido. Ahora importamos más alimentos, materias primas, permisos de producción y partes de los productos.

Este es el país que nacionaliza su petróleo. En estas condiciones ¿qué puede significar esta medida? ¿Qué puede cambiar? Y para hacer operativa la pregunta ¿qué sector de Venezuela puede ser el sujeto de este cambio? ¿Quiénes pueden tener en nuestro país interés y capacidad para nacionalizar nuestra producción?

EN BUSCA DEL SUJETO SOCIAL DE LA NACIONALIZACIÓN VENEZOLANA.

Pareciera natural que habiendo venezolanos con abundantes recursos económicos y con experiencia gerencial se dedicaran a poner a producir al país. Como pasó, p. ej. en USA donde se amasaron gigantescas fortunas pero también se convirtió el

interior desierto en el granero del mundo, se explotaron minas, se procesaron los minerales y se transformaron las materias primas en la vasta gama de mercancías que puebla el mundo. Pero los venezolanos adinerados prefieren las cédulas hipotecarias, los negocios de tierras urbanas y las concesiones en exclusiva. Nada que entrafie la iniciativa, la imaginación y el riesgo de producir. Y ¿por qué? Por una parte el pánico al riesgo. Por otra, sobre todo, la dependencia de los intereses de USA que representan. He aquí una pintura de nuestra empresa agrícola que puede extenderse a las demás: "No se produce lo que come la ciudadanía sino lo que es rentable, no obstante que el financiamiento de la gran mayoría de la empresa rural se efectúa con capital de la Nación y en tierras, baldíos y ejidos habidos, no siempre de una manera bien clara, a base de títulos supletorios y otros medios por el estilo". (El Nacional 30-12-75, A-4). Ya es bueno que comprendamos de una vez por todas que no tenemos una burguesía nacional.

La representación de los venezolanos es el Estado venezolano. El debiera llevar la dirección de la nacionalización. Pero —ya conocemos la historia— en nuestro país el Estado es poco más que el Gobierno. No existen departamentos administrativos de sólida tradición y solvencia, que marchan solos y a los que el gobierno de turno sólo debe dar la dirección precisa de la marcha. Entre nosotros el Estado es el Gobierno, y el Gobierno es un partido político: una vasta maquinaria electorera y una enorme clientela de adhesiones y empleos. Después de que toda esta masa inerte se ha encamurado viene el preguntarse si se puede hacer algo por el país en general. Y claro está, con estos presupuestos no se puede hacer casi nada. Ya que este edificio descomunal está basado en no tocar nada porque se puede venir todo abajo. Ya en el 42, contemplando este mamotreto, se refería Rómulo al "absurdo de que un país en franco proceso de decadencia productiva esté sufragando el costoso lujo de una burocracia hipertrofiada".

¿Serán las clases medias: bachilleres, oficinistas, pequeños profesionistas, propietarios de talleres, comerciantes...? Es cierto que de ahí salió en gran parte la lucha por la justicia en la Venezuela de este siglo, desde las luchas contra Gómez hasta la guerrilla de los años 60. Pero el desarrollo de estas luchas, tantas veces heroicas, prueba lo precario de este sujeto social, si va solo. En definitiva es escaso y cuelga del erario.

¿Y el pueblo? Sin él, ciertamente, no se hará la nacionalización. Pero el pueblo está desarraigado por las migraciones y por la propaganda antinacional; está sin trabajo productivo y sus organizaciones propias se encuentran desarticuladas y en parte desnaturalizadas al convertirse en engranajes de los partidos tradicionales.

Entonces, ¿no hay nada que hacer? Creemos que la nacionalización, chucutísima y todo, puede engendrar el sujeto básico para la nacionalización real. Son los técnicos, el personal administrativo y los obreros petroleros. De pronto en la obsoleta maquinaria del Estado venezolano —funcionarios o no, es lo de menos— entran los cuadros más organizados de nuestra sociedad.

A nadie se le esconde el peligro de un continuismo por hábito de dependencia de sus antiguos patrones, y la lucha sorda por el control del petróleo nacionalizado que en estos días libran las Compañías. Pero a mediano plazo ¿qué otro sujeto social puede tener intereses y preparación para una nacionalización integral? Si este grupo no motoriza un proceso de responsabilidad nacional, ¿qué otro grupo lo llevará a cabo? No nos hacemos demasiadas ilusiones sobre la factibilidad de un nacionalismo consistente apoyado en la nacionalización petrolera. Pero desde luego no vemos posible en nuestro país ningún nacionalismo a mediano plazo si fracasa la nacionalización petrolera.